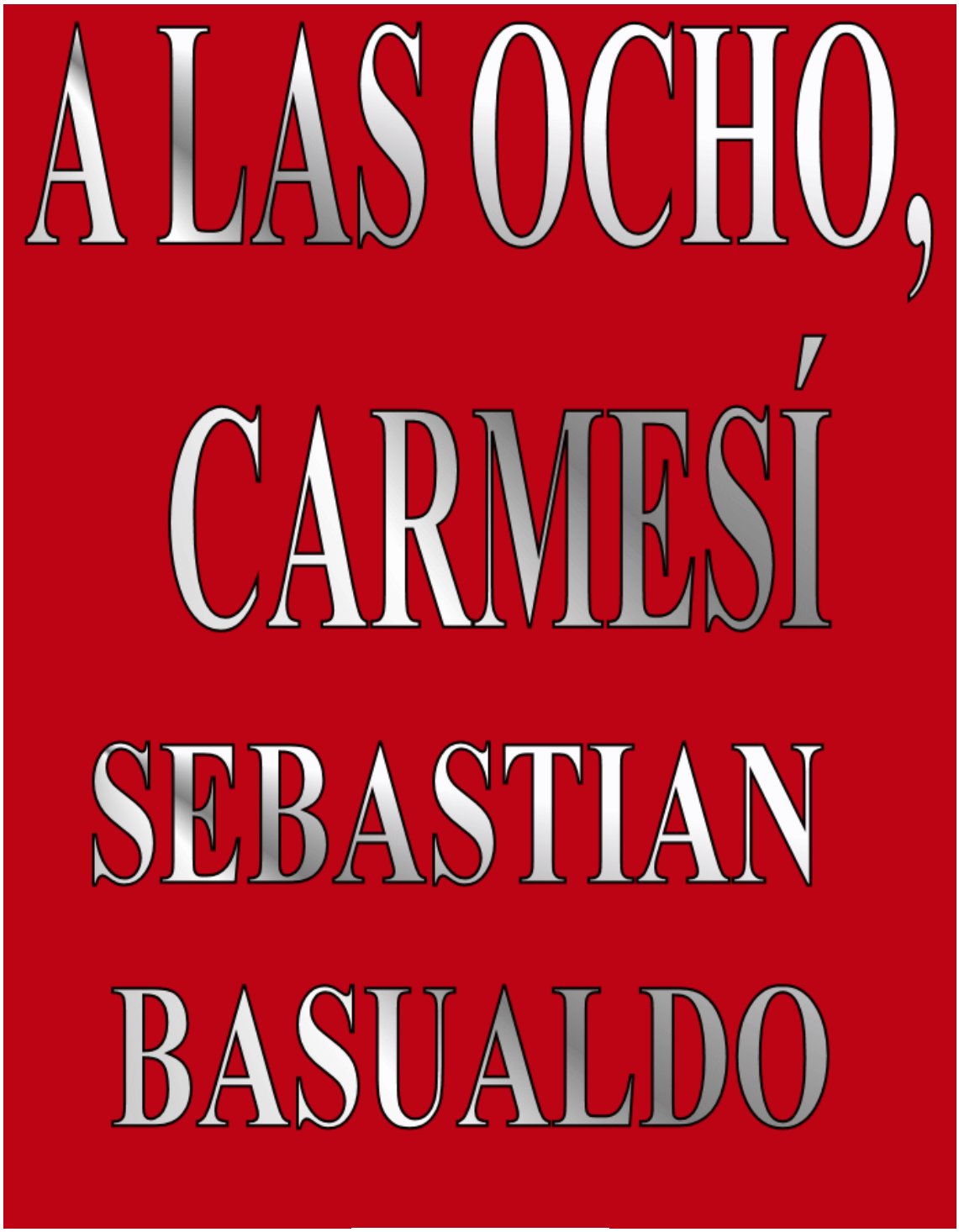
A LAS OCHO, CARMESÍ

SEBASTIAN BASUALDO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

–Hace dos horas que estamos esperando.

–Una–dijo el otro, el que fumaba–. Una hora.

–Es lo mismo–dijo, y subió la ventanilla.

–Nos ahogamos, Claudio.

–Hace dos horas que nos estamos ahogando.

–Una–dijo, largando el último humo por la nariz–.Recién hace una hora que estamos acá.

Estan estacionados frente al hotel; y el cigarrillo que cayó del lado de la vereda es el de Antonio. “Se trabaja, hoy”, pensó. Pero la salida de un nuevo automóvil fue como si lo obligara a no decirlo.

La noche los cubrió de silencio.

–No enciende las luces porque le debe estar regalando caramelos–dijo Antonio.

–¿A quién?–preguntó Claudio, quemándose por la llama roja de una luz que le va a durar aunque cierre los ojos.

–Relajate, che.

Están estacionados, clavados en la vereda de enfrente, poco después del segundo árbol que parece vigilar con desdén el portón del estacionamiento. En medio de una noche recién estrenada, oliendo a dos hombres escondidos.

–Encendió las luces–dijo Antonio–. No es ella.

–No es ella –repitió Claudio, y después lo miró; una mirada condescendiente, o como si el “relajate” ya no le doliera.

Está pensando en la foto, en el auto que ni siquiera imagina, que no alcanza a imaginar porque, apenas lo intenta, lo supera la imagen de Livia: puede verla, la siente, abrochándose el último botón de su blusa, puede oír el sonido del botón aferrándose a la tela. La dibuja en su mente una y otra vez. Algún gesto de ella se le queda aferrado a la desesperación: la manera en que se debe estar mirando en un espejo, o acaso su pelo, ya seco, prolijamente peinado para disfrazar un cuerpo todavía húmedo y tibio, colmado de besos perdidos dentro de un lápiz labial que no usará por miedo a despertar sospechas.

–Ya es la hora–dijo Antonio. Y después del reloj, miró sus manos.

–Sí–dijo Claudio.

–Siempre lo mismo –dijo Antonio con un cigarrillo encendido entre los labios–. El tipo frena a un metro de la ventanilla, paga el turno y le regala los caramelos a ella. El

tipo enciende un cigarrillo y la mujer cambia el dial de la radio mientras mastica su caramelito. Lo que se digan después casi no importa. ¿Qué estás pensando?

–Nada.

El automóvil blanco dobló en la primera esquina.

Claudio lo fue a buscar esa misma tarde. Se lo contó despacio una y otra vez. La historia venía de lejos, a partir de una foto que Claudio encontró un día porque andaba buscando a Livia, o a la que había sido Livia antes de conocerlo a él. A Claudio. <<No basta el presente para amar a una mujer>>, le había dicho alguna vez su amigo. Y él le creyó, le creyó tanto en esa oportunidad que luego no pudo explicarle lo que había experimentado cuando se lo dijeron por teléfono. Quería contarle todo, o al menos lo importante de una sola llamada: que una voz de mujer no tardó en darle el nombre de un hotel. "Vaya al Hotel Noy a las ocho de la noche", dijo aquella voz. Lo demás costaba trabajo creerlo. <<Son así, che>>, dijo Antonio.<<Sólo por un hombre son capaces de traicionar a la especie. Llevo el revólver>>.

–¿Sabés en qué estoy pensando yo? –dijo Antonio–. Que no escriben su nombre detrás de una foto para no olvidarlo. Las muy turras escriben el nombre de los tipos porque quieren olvidarse y no pueden. ¿La mujer te dio la dirección?

Ya no se preguntaba si tenía razón o no. Él lo había presentido desde el primer momento en que se enfrentó con aquella foto escoltada por corpiños y medias dispares. Pero se calló. Dos años de matrimonio es muy poco tiempo para construir un mundo en el ombligo de una mujer. Poco para confesarse un artesano ciego e inútil sin Livia. Por eso aquella tarde cerró el cajón. Cerró el nombre también pensando en las historias que Livia nunca le contaba más allá de un poema, un Colegio Nacional y la necesidad de pertener a una época dorada. "¿Cuándo habrá sido la primera vez?", se preguntó. Claudio sabía que todo comienza en algún punto determinado, en alguna explosión que le da historia a la vida. Un tiempo.

–El hotel y la hora.

–¿Será el mismo de la foto? Me cuesta creerlo, che.

Se miraron.

–¿Ella nunca lo nombró? –preguntó Antonio, y la última palabra abandonó una estela de amargo silencio. La luz roja comenzó a titilar.

–Está por salir otro auto–dijo Claudio–. ¿Qué hora es?

–La hora de la cena–dijo Antonio, y, extendiendo el brazo, abrió la guantera y sacó el revolvér. Aclaró:

–Lo que hablamos.

–Sí. Un susto y la traés al auto –dijo Claudio–. El tipo que siga su ruta.

Antonio esperó a que el automóvil se acercara lo suficiente y dijo:

–Es un taxi...

Claudio no quería mirar.

–¿Qué pasa?

–Nada –dijo Antonio, viendo pasar el taxi, la mujer que iba adentro–. Un susto.

–Y la traés al auto.

Antonio guardó el revólver otra vez en la guantera, diciendo:

–Pensar que hay maridos calentando la sopa a esta hora. No se imaginan que sus mujeres pueden estar saliendo de un telo, hotel, alebergue transitorio, o como se diga. Querés saber, Claudio, lo que hacen? Llegan a sus casas a las diez de la noche. Supongamos que son las diez de la noche. "¡No sabés con quién me encontré, querido!", le dicen a sus maridos apenas apoyan la cartera sobre la mesa o se quitan los zapatos. "¿Te acordás de la que nunca te hablé porque nunca existió? No sabés cómo hablaba, no me podía ir. Hacía tanto tiempo que no me encamaba así que, pensé, mientras vos trabajabas, ¿por qué no tomar un café con ella para hablar de cuando teníamos diecisiete años? ¡No sabés que memoria que tiene! Se acuerda de todo. Te juro que quedé maravillada. ¡Sí! Una hora y media estuvimos hablando de nosotras. Sobre la importancia de un buen orgasmo, claro. ¿De la familia? Querido, no, de eso casi no hablamos. Cada una debe tener su familia, es cierto, pero nunca hay que olvidarse de... ¿Qué pasa?

Por un momento Claudio lo vio todo claramente: Antonio estaba con los brazos en alto y una bocina le desgarraba el pecho. La frenada de un automóvil se mezclaba con el llanto de Livia y los comentarios de la gente que, como moscas, fueron atraídas por el rumor de que frente al Hotel Noy un loco se había pegado un tiro en la boca.

–Ya pasó el auto, Antonio.